

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR

156

30
cts.



CONSTANCE BENNETT
KENNETH MACKENNA
EDICIONES BISTAGNE

*El precio
de una mujer*

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año IV Francisco-Mario Bistagne Núm. 156

SIN TAKES A HOLIDAY

1930

EL PRECIO DE UNA MUJER

Comedia americana, interpretada por la bellísima
CONSTANCE BENNETT,
KENNETH MAC KENNA, RITA LA ROY, BASIL
RATHBONE, ZASU PITTS, etc.

Superproducción sonora P. D. C.

Exclusiva de

CINNAMOND FILM

Balmes, 51

BARCELONA

Postal-regalo: MONTAGUE LOVE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

EL PRECIO DE UNA MUJER

Argumento de la película

I

Era ya de noche. Stanton, el joven abogado, se acababa de levantar. Estaba aún arreglándose cuando llegó Silvia, su secretaria.

—Buenas noches, señor Stanton.

—¿Buenas noches? Me cuesta mucho trabajo creer que es de noche cuando acabo de dejar la cama... pero, en fin: buenas noches. Siéntese y vamos a empezar en seguida a trabajar.

Se sentó Silvia ante su mesa de escritorio mientras el señor Stanton terminaba de hacerse el lazo de la corbata ante el espejo.

—¿Qué asuntos tenemos entre manos, señorita? Los más urgentes.

—El divorcio de la señora de Cavandish — contestó la secretaria sacando unos documentos.

Entonces contempló a su principal que estaba de espaldas a ella y de modo que tampoco por el espejo la podía ver.

Era un joven de porte gallardo que vestía con



... llegó Silvia, su secretaria.

elegancia y de cuya figura emanaba un algo pleno de simpatía.

Silvia quedó tan absorta en la contemplación, que parecía estar soñando. Por eso se sobresaltó cuando el señor Stanton preguntó de súbito:

—¿Qué hay de ese asunto?

—Pues lo de siempre. El marido que no da motivo para el divorcio y la esposa que se empeña en encontrarlo.

—En efecto, siempre sucede así. Pero veamos. ¿Tenemos ya algo hecho?

—Lo que hicimos anoche en la media hora que trabajamos.

—¿Media hora? ¡Ah, sí! Es que vinieron mis amigos. Esta noche trabajaremos más. Ya verá usted.

Pero aún no había terminado de pronunciar estas palabras, cuando sonó el timbre de la puerta y aparecieron los amigos del abogado.

Todos eran jóvenes y tenían, como él, el tipo del hombre de mundo.

Durant había sido el primero en entrar en el despacho. Le seguían Richards y Gaylor.

—Pero ¿qué estás haciendo? —preguntó el último.

—Empezaba a trabajar —repuso Stanton.

—¡Qué ocurrencia!

—¿Qué sería del mundo si no trabajáramos?

—No creas que la rotación de la tierra depende de tu trabajo. Tú dejarás ahora de trabajar y el mundo seguirá rodando como si tal cosa.

—De modo que habéis venido a no dejarme trabajar?

—Por supuesto. Tu secretaria sabe lo suficiente para llevar adelante los asuntos hasta el tribunal para defender a tus patrocinados.

—Además —dijo Richards—, dentro de un rato estarán aquí Grace y compañía y supongo que no querrás desairarlas.

—Acostumbro ser galante con las damas.
 —Y especialmente con Grace—dijo Durant ironicamente.
 —¿Qué quieres decir?—preguntó Stanton.
 —Nada más que lo que he dicho. Todo el mundo sabe que Grace Lawrence cuenta con tus galanterías y con tus preferencias.
 —¿Hay algún mal en ello?
 —Para ella, precisamente, no.
 —Es evidente que Grace no congenia con su marido. Incluso está tramitando el divorcio.
 —Eso es lo peor.
 —¿Por qué?
 —Porque después te tocará a ti no congeniar con ella.
 —Cuando se trata de una simple amistad no hay disparidad de caracteres.
 —Pero falta que la cosa quede en simple amistad.
 —No pensarás que voy a casarme con Grace.
 —¿Quién sabe lo que puede ocurrir!
 —Lo sé yo.
 —Hay cuestiones que no admiten los juicios adelantados. Dicho en otras palabras: nunca puede decirse “de esta agua no beberé”.
 —Por ese lado estoy bien tranquilo.
 —Pues yo en tu caso estaría sumamente tranquilo.
 —Y yo también—confirmó Gaylor.
 —¿Pretendéis ponerme pesimista?
 —El caso es que estés alerta.
 —Pero ¿por qué?
 —Porque siempre que aparece un hombre mez-

clado en el divorcio de una mujer, ese hombre acaba por substituir al marido.
 —Os advierto que yo no me ocupo del divorcio de Grace.
 —Si te ocuparas de él como abogado, no sería tan peligroso. Lo malo es que apareces como causante.
 —No admito esa responsabilidad.
 —Que tú no la admitas y que Grace te la atribuya...
 —No creo en vuestras exageraciones.
 —Porque empiezas a estar ofuscado. Y esa ofuscación terminará del modo más complicado y desagradable para ti.
 Y Richards, que era el que había pronunciado estas palabras, preguntó a Silvia:
 —¿No opina usted lo mismo?
 Le fué difícil a la joven disimular la turbación que la dominaba.
 Ella hubiera contestado que ese peligro lo había visto y lo temía desde mucho antes de que a los amigos de Stanton se les ocurriera pensar en ello.
 Pero ¿acaso no habría equivalido eso a delatar un interés por su principal que no era simplemente el que debe tener toda secretaria por su jefe?
 Y repuso evasivamente:
 —En asuntos de divorcios no acostumbro opinar nunca.
 Volvió a oírse el timbre de la puerta.
 —Ahí vienen Grace y sus amigas—dijo Richards.

Y Stanton invitó a Silvia a pasar a una habitación contigua y que estaba totalmente aislada del salón donde habían de reunirse los hombres de mundo con sus amigas.

II

Silvia, como de costumbre, obedeció. Y como de costumbre, sintió algo muy íntimo que se rebelaba en ella al pensar que Stanton estaría a los pocos momentos a merced de aquella mujer que trataba de embauclarlo.

Se encontró con las visitantes en el vestíbulo y tuvo que soportar sus miradas de desprecio.

Cuando se encerró en el gabinete, ya no disimuló su mal humor. Sobre la mesa de escritorio había un retrato de Stanton. Silvia le dió un manotazo y lo arrojó al suelo.

Evidentemente, Silvia estaba enamorada de Stanton. Pero ¿podía esperar algo de aquel amor? No, ella sabía que no podía esperar nada. Stanton, un abogado famoso, un hombre de posición, al que se disputaban las mujeres, no podía casarse con una humilde escribiente como ella.

Y esto era lo más doloroso. Porque un amor sin esperanza es como la sed que no ha de saciarse nunca.

De pronto, entró el criado, y Silvia no tuvo tiempo de recoger el retrato caído. Lo recogió el criado por ella, que se disculpó:

—Le he dado un golpe sin querer con los papeles.

El criado no hizo el menor comentario.

Llevaba una bandeja en la mano y comenzó a disponer sobre un velador frutas, dulces y una botella de champaña frío.

—El señor Stanton le manda esto.

No era la primera vez que Stanton le hacía semejantes envíos.

El abogado y sus amigos comían y bebían en el salón. ¿Qué le costaba a Stanton enviar unas cuantas de aquellas golosinas y una de las muchas botellas que allí se descorchaban a la humilde muchacha que trabajaba mientras ellos se divertían?

Sin embargo, era atención que Silvia le agradecía en el fondo de su alma, aunque sabía muy bien que aquellos obsequios eran muy frecuentes de jefes a empleados.

Y entretanto, su jefe flirteaba con Grace mientras las amigas de ésta charlaban con los amigos de Stanton.

Las conversaciones eran siempre las mismas. Temas frívolos y alegres en los que no entraban para nada las preocupaciones de ninguna índole.

Pero hubo algo nuevo en las declaraciones de Grace, algo que llamó a Stanton de inquietud.

—¿Sabes que mi abogado me ha dicho que tenemos ganado el divorcio? ¡Oh, qué ganas tengo de ser libre para entregarte toda mi libertad! ¿No tienes tú también ganas de que llegue ese momento?

Stanton repuso con una evasiva y desde aquel momento, su estado de ánimo fué muy distinto al de las demás personas que estaban allí reunidas.

—Creo que debemos marcharnos—opinó Richards.

Y a todos les pareció bien la idea. Algun cabaret de lujo, algún establecimiento nocturno donde hubiera mucha animación y pudieran bailar y divertirse.

Sólo Stanton discrepó:

—Yo os agradeceré que me permitáis quedarme. Tengo mucho trabajo y es muy urgente.

Los amigos insistieron en que les acompañara y Grace se mostró disgustadísima ante la idea de tener que pasar el resto de la noche separada de Stanton. Pero el abogado insistió con tal firmeza, que los amigos tuvieron que marcharse sin él.

Cuando lo dejaron solo, Stanton respiró.

Le parecía que le habían quitado un peso de encima, pero sólo en parte, porque la preocupación producida por las palabras de Grace seguía imperando en su espíritu y deprimiéndole.

Para Silvia, en cambio, fué una agradable sorpresa verlo entrar, aunque tarde, en el gabinete con el propósito de trabajar.

No hubiera sido la primera noche que le di-

jera se marchara porque él tenía que marcharse también.

—Vamos a ver cómo dejamos ese informe—dijo sentándose ante la mesa de escritorio.

Revolvió distraídamente los papeles y dictó dos palabras. Después quedó absorto.

Silvia se cansó de esperar con el lápiz en la mano.

Observaba a Stanton y se daba cuenta de que algo anormal le ocurría.

Repetió la última palabra que él le había dictado y Stanton pareció despertar de un sueño.

—¡Ah, sí! Estaba distraído. Necesito reconcentrarme. Antes de seguir estudiare el asunto.

Se levantó del sillón giratorio y se sentó en una butaca. Enfrente, a cosa de dos metros de él, estaba Silvia. Stanton empezó a leer, pero no consiguió sujetar el pensamiento a las palabras escritas. También se le fué la mirada, la cual tropezó con las piernas de Silvia, piernas bellísimas por cierto. Pero no fué su perfección lo que llamó la atención de Stanton, sino las medias que la secretaria llevaba. Eran unas medias finísimas que embellecerían las piernas y en las que no se veía el menor vestigio de zurcido.

Precisamente uno de los reproches que Grace tenía que hacer a su marido, era el de haber cometido la “grosería” de comentar desfavorablemente una factura de cien dólares por la última remesa de medias que había comprado su mujer.

¡Cien dólares de medias! Silvia sólo ganaba

veinticinco a la semana. ¿Cómo se las arregla para comprarse medias?

No pudo menos de preguntarle:

—¿Son muy caras esas medias?

Silvia, que tenía una pierna sobre otra, se apresuró a corregir la postura y a tirar del borde de la falda hacia abajo.

Al advertir su turbación, Stanton la tranquilizó:

—Me refiero exclusivamente a las medias, señorita. Puedo asegurarle que no hay la menor intención torcida en mis palabras.

—Lo creo, señor Stanton. Estas medias me han costado dos dólares.

—Creía que valían lo menos veinticinco—replicó el abogado recordando los precios barajados por Grace.

—Las hay de veinticinco, pero éstas hacen el mismo efecto y sólo valen dos. Lo que pasa es que hay que saber buscar y dar muchas vueltas antes de hacer una compra.

“Es una virtud que no tiene Grace”, pensó Stanton.

Y dijo en voz alta:

—De todas formas, si sólo en las medias se ha de gastar dos dólares con los veinticinco que yo le pago, no debe tener usted para nada.

—Mi compañera de habitación sólo gana veinte y vive.

—Pues debe de hacer milagros.

—Es una vida distinta a la que llevan las señoritas que usted conoce, señor Stanton.

La indirecta produjo al abogado más efecto

aun que el esperado por Silvia. Aquella noche habían sucedido cosas que predisponían su espíritu a exageraciones.

—Tiene usted razón, Silvia. Debe de ser horrible casarse con ciertas mujeres que no conocen la moderación.

Dicho esto quedó absorto, profundamente re concentrado. Y, de pronto, dijo:

—Le voy a hacer una proposición muy importante, Silvia.

—¿Una proposición?

Era la primera vez que Stanton usaba con ella aquella palabra. Hasta entonces sólo había recibido de él órdenes, correctas, eso sí, pero órdenes al fin y al cabo.

—Sí, Silvia, una proposición que puede ser para usted la solución de la vida. ¿Quiere usted casarse conmigo?

Silvia se estremeció. Miró a Stanton estupefacta como si tratara de descubrir en sus ojos una huella de locura.

—¿Se burla usted, señor Stanton?

—Hablo completamente en serio.

—¿De veras quiere casarse usted conmigo? —exclamó entonces la secretaria sin poder disimular su inmensa alegría.

—Sí. Sólo el matrimonio puede librarme de una amenaza que gravita sobre mí. Sólo estando casado no habrá peligro de que otra mujer enrede las cosas de modo que me obligue a casarme con ella.

—Ahora comprendo—repuso Silvia tratando

de disimular su decepción—. Usted me habla de un matrimonio de conveniencia.

—Pero de conveniencia para los dos. Usted me librará de esa mujer. Usted no tendrá que trabajar y podrá llevar una vida de recreo digna de la señora de Stanton. Podría usted, por ejemplo, marcharse a Europa. Tendría usted bonitos trajes, algunas joyas y sería tratada como una señora.

—¿De modo que el viaje a Europa entraría en el contrato?

—Sería lo mejor.

—Lo importante para usted, por lo visto, es la situación legal de casado, ¿no es eso?

—Eso es.

—Pues entonces no acepto.

Stanton la miró con un gesto de extrañeza.

—¿Por qué?

—Porque un matrimonio sin amor, me parece un oprobio.

—Eso no es más que romanticismo. Piense que usted realiza una transacción en la que su honor no puede resentirse lo más mínimo.

—¿Así lo cree usted?

—Y así es. Se le presenta ocasión de tener un buen empleo, un trabajo honrado y al mismo tiempo sumamente lucrativo. Pero ya veo que esta noche no está usted para reflexiones. Lo mejor será que se vaya a casa y que me dé mañana la respuesta. Usted no ha de olvidar que yo le doy mi palabra de respetarla.

Se marchó Silvia, y su compañera de habita-

ción creyó estar soñando cuando la secretaria le consultó sobre la proposición de Stanton.

—Si no aprovechas esta ocasión, no me vuelvas a dirigir la palabra en toda tu vida.

Este fué el comentario de la amiga, la cual no podía comprender por qué Silvia no había dado el sí inmediatamente.

III

A la mañana siguiente, Silvia dió a Stanton la esperada respuesta afirmativa. En seguida redactaron un contrato en el que se especificaba la duración del convenio, el sueldo que Silvia debía percibir, el derecho por parte de ésta a usar el nombre de Stanton sin que él pudiera oponer el menor reparo, y la obligación por parte de ella de respetar dicho apellido.

—Mal concepto tiene usted de mí, señor Stanton, cuando pone esa cláusula.

—Por el contrario, confío ciegamente en el honor de usted. Pero en un contrato hay que ponerlo todo.

—Sin embargo, parece que se ha olvidado usted de lo más importante.

—¿De qué?

—De hacer constar que nuestro matrimonio será puramente nominal.

—¡Por supuesto!—exclamó Stanton echándose a reír.

Y añadió la cláusula a que Silvia acababa de referirse.

—Ahora tendrá que ir usted misma a arreglar sus papeles—dijo Stanton—¡Ah! Y también habrá de buscarme usted una nueva secretaria.

—Ya la tengo buscada. Mi compañera de habitación desempeñará mi cargo perfectamente.

—¿La que gana veinte dólares semanales?

—Sí.

—¡Bravo! Y adviértale usted que yo le daré treinta.

Ya estaba Silvia en el buque, camino de Europa.

Sentada en el bar pensaba en todo lo que había ocurrido en su vida durante las últimas semanas. Algo películessco. Se había casado en veinticuatro horas con el hombre al que ella amaba, pero sin ser amada por él ni poder confiar en que la amara nunca. Había tenido que llevar ella el anillo porque Stanton no se preocupó de comprarlo.

De pronto oyó una voz junto a ella.

—¡Señorita Brenner!

Se volvió y reconoció a Durant, el amigo de Stanton.

—¡Qué sorpresa, señor Durant!

Desde aquel momento Silvia tuvo a su lado una persona conocida que la alivió un poco de



Había tenido que llevar ella el anillo porque Stanton no se preocupó de comprarlo.

la triste impresión de soledad y abandono que experimentaba.

Durant, prudente, no hizo la menor pregunta sobre el motivo de aquel viaje, pero se enteró en seguida de que era la señora de Stanton.

Fué ella misma la que, en sucesivas conver-

saciones, ante las pruebas de respeto y caballerosidad que Durant le estaba dando, la que fué poniéndole al corriente de todo lo ocurrido.

Cuando llegaron a Europa, Durant estaba francamente enamorado de la esposa de su amigo, si bien procuraba disimularlo delicadamente.

En París se estrecharon los lazos de amistad entre los dos, y Durant llegó a poner a disposición de Silvia un magnífico chalet de su propiedad.

El se fué a vivir en un hotel, todo lo cual fué aceptado por Silvia a causa de la insistencia y el evidente desinterés de Durant.

Días inolvidables de diversión para Silvia. Podía dar fiestas, lucir los bellos trajes confeccionados por los mejores modistas, reunir en su casa a todo París y ser adorada por las personalidades que acudían atraídos por su belleza.

A todas partes iba acompañada de Durant.

Un día, en las carreras, un fotógrafo les pidió permiso para hacerles una fotografía para una revista norteamericana, y así pudo llegar a manos de las personas que los conocían.

Precisamente horas antes habían tenido una viva discusión Grace y Stanton, porque éste le había revelado que no era soltero.

—¿Entonces me has estado engañando?

—¿Yo? ¿Acaso te he dicho yo que no era casado?

—Pero tampoco me habías dicho que lo eras.

—No había necesidad. La verdad es que casi me he olvidado de que tengo mujer.

—¿Dónde está?

—En Europa.

Y añadió para calmar un poco a Grace:

—Está enferma y tiene tantos años como poca salud.

—Supongo que te divorciarás.

—¿Para qué? El estar casado con una mujer así no me molesta lo más mínimo.



Días inolvidables de diversión para Silvia.

“A mí sí”, estuvo a punto de decir Grace, pero se contuvo.

Y entonces fué cuando, para disimular su estado de ánimo, se puso a ojear aquella revista norteamericana que reproducía la fotografía de Durant y de la señora de Stanton.

Al leer estos nombres y ver la cara y la figura encantadora de la ex secretaria de Stanton, no pudo contenerse y produjo una escena inenarrable en que el pobre abogado recibió las más terribles amenazas.

IV

Al mismo tiempo Silvia vivía en una perpetua lucha interior. ¿Se divertía realmente en París? ¿Había logrado arrancar a Stanton de su corazón? Lo ignoraba. Lo cierto era que en su pensamiento seguía imperando la imagen de su ex jefe en todos los momentos y en todas las circunstancias.

Y, por otra parte, estaba Durant, el hombre enamorado, el adorador correcto que esperaba pacientemente una palabra de esperanza ya que no un sí definitivo.

Había hablado ya de su amor a Silvia, le había pedido que se divorciara de aquel hombre que no era digno de ella, puesto que no la amaba, y se casara con él a cuyo lado tendría un esposo efectivo y no un hombre al que hacer

un servicio más o menos decoroso a cambio de un sueldo.

La verdad era que Silvia había llegado a estimar y a profesar una profunda gratitud a aquel caballero que tantas muestras de amor verdadero y desinteresado le había dado.

Pero ¿era esto suficiente para que se comprometiese a nada antes de saber si seguía amando a su marido... nominal?

Por eso, cuando más profundas eran sus dudas, cuando la confusión era más intensa en su alma, y más vehementes las demandas de Durant, ella tuvo una prudente idea.

—Antes de contestar, antes de prometerle nada, amigo Durant, es conveniente que vayamos a Nueva York.

—¿Para qué?

—Para visitar a Stanton y saber a qué atenerme en cuanto a mis sentimientos hacia él.

—Pero ¿usted?...

—Sí, Durant. He amado siempre a Stanton.

—¿Y él lo sabía?

—Probablemente no lo ignora después de nuestras conversaciones al tratar del convenio.

—¡Ese hombre no es digno de usted!

—Sin embargo, si me amara...

—¿Qué?

—Que no podría dar a usted la respuesta que deseo darle.

Durant no ocultó su alegría ante aquellas palabras.

—Desear darme una respuesta afirmativa es

casi como un anticipo de ella. Podemos embarcar cuando usted quiera.

—¿Me promete aceptar con resignación el resultado de la prueba?

—Se lo prometo.

—¿Cualquiera que sea?

—Cualquiera que sea.

Y aquel mismo día salían de París para embarcar en el primer trasatlántico.

* * *

La alegría y la sorpresa de la ex compañera de habitación de Silvia y ahora secretaria de Stanton, al ver entrar a su amiga en el despacho, fueron indescriptibles.

Se abrazaron.

—¡Cualquiera te conoce!—exclamó la amiga mirando a Silvia de arriba abajo.

La modesta muchacha que había compartido con ella la habitación en un alejado suburbio neoyorquino, era ahora una dama elegantísima, de porte magnífico y belleza deslumbradora.

—¿Y tú estás bien?

—Encantada, chica. Tu marido es un jefe ideal.

—¿Dónde está?

—En su despacho. Voy a avisarle que estás aquí.

Y la secretaria entró en el departamento del abogado.

—Acaba de llegar la señora de Stanton—anunció.

—¿La señora de Stanton?

—Sí, señor: su esposa. Silvia.

—¡Ah, caramba! Dígale usted que pase.

Una mezcla de sorpresa y curiosidad lo dominaba.

Y cuando Silvia apareció en el umbral, el que se disponía a saludarla con el afecto de un antiguo jefe, y todo lo más con la estimación de un compañero, retrocedió al encontrarse ante la espléndida mujer que tenía ante sus ojos.

—¡Oh, Silvia!—exclamó.

Y la miró de arriba abajo, con asombro y detenimiento.

—No era absurdo que no se hubiera dado cuenta de que tenía una mujer tan hermosa?

Ahora comprendía por qué Durant se enorgullecía de aparecer retratado junto a ella en las revistas.

—¿Cómo está usted, señor Stanton?—preguntó ella con una sonrisa algo burlona y al mismo tiempo que le tendía la mano.

—Pues... ¿cómo quiere usted que esté? Encantado y asombrado de verla.

Y sin que ni uno ni otro se dieran cuenta, se entabló entre ellos una animada conversación.

Pero de pronto, Silvia, dándose cuenta de su situación, cambió de actitud y dijo:

—Ahora hablemos de lo que me interesa, que para eso he venido de Europa.

—Hablemos de lo que usted quiera.

—Se trata 'del divorcio.

—¿De qué divorcio?

—¿De cuál ha de ser? ¡Del nuestro!

La sonrisa que animaba los labios de Stanton se apagó en ellos y el desengaño y la tristeza pusieron en sus ojos una nube.

V

—¿Quién piensa en eso? —dijo por fin Stanton.

—Nosotros.

—Yo no.

—Me refiero a Durant y a mí. Queremos casarnos y confiamos en que usted no pondrá ningún inconveniente.

—¡Vaya si lo pongo! —replicó vivamente Stanton—. ¿Se ha creído ese mentecato de Durant que se puede jugar conmigo?

—La verdad es que no esperábamos que usted lo tomara así. Creíamos, por el contrario, que no tendría ningún interés en retenerme una vez utilizados mis servicios. ¿No quedamos en que todo se reduciría a un contrato de trabajo?

Stanton se vió abrumado por la evidencia

del argumento. Silvia tenía razón. Durant estaba también en su derecho al enamorarse de una mujer cuyo corazón no estaba comprometido. Pero por encima de todo eso estaba el deseo que ahora experimentaba el abogado de retener a su lado a su esposa y de hacer valer sus derechos de esposo.

—¿Y quién le ha dicho a usted que el contrato ha terminado? —exclamó Stanton—. Precisamente esta noche necesito de sus servicios como nunca. Habrá de venir a mi casa. Figúrese que Grace ha logrado el divorcio y que me ha anunciado su visita para arreglar nuestros asuntos. Se muestra irreductible. A toda costa quiere que me case con ella. Y esa mujer es temible. Si usted no me ayuda no sé qué será de mí.

Había comenzado por hablar en tono imperativo y descompuesto y terminó implorando con entonación casi gimiente.

Ella se mostró indulgente.

—Puede contar conmigo —concedió.

—¡Oh, gracias, querida mía!

Y sin darse cuenta de lo que hacía la cogió por los hombros y trató de abrazarla.

Pero ella, suavemente, lo retiró y le tendió la mano.

* * *

La presencia inesperada de la señora de Stanton en casa del abogado, fué para Grace peor que una puñalada.

—Supongo que la habrás hecho venir para arreglar lo del divorcio—dijo a Stanton.

—Ya te he dicho que no soy partidario de divorcios.

—¿Ni siquiera cuando se tiene una mujer que te pone en evidencia con tus amigos?

—No creo que Silvia sea así.



—Ya te he dicho que no soy partidario de divorcios.

—¿Has olvidado su fotografía en compañía de Durant?

—Eso no es argumento para un divorcio. Te lo dice un abogado especializado en esas cuestiones.

—Me parece que la especialidad que tú tienes es la de la frescura.

Estaban también presentes todos los amigos de Stanton, incluso Durant, que no había querido apartarse de Silvia en aquella última fase de su contrato.

La ex secretaria, consciente de su obligación, prodigó las amabilidades a su "maridito" en presencia de Grace, y Stanton hizo lo mismo con su mujercita, aprovechando la circunstancia para besar repetidamente a Silvia sin que ella pudiera impedirlo.

Y estas demostraciones de afecto no sólo sacaron de sus casillas a Grace, sino también a Durant, el cual tuvo que marcharse del salón para no morir de envidia al ver el cuerpo de Silvia abandonado a los brazos de Stanton y los labios de aquélla a merced de los de éste.

Por fin el despecho de Grace hizo explosión al presenciar por un espejo un beso demasiado largo del matrimonio. Sin poder contenerse, cogió uno de los objetos de adorno que abundaban en el salón, y lo arrojó contra la luna, haciéndola trizas.

Esto dió lugar a que se formaran dos bandos: uno constituido por Grace, las amigas de ésta y los amigos de las amigas, es decir, Richards y Gaylor, y otro formado por Stanton y Silvia. Durant permaneció neutral.

La respuesta de Stanton a la provocación de Grace y al apoyo de sus amigos, fué breve y elocuente:

—Mi esposa decidirá lo que procede hacer.

Y lo que Silvia decidió fué abrir la puerta a los invitados y ponerlos en la calle.

Todos se fueron murmurando palabras desdénosas, excepto Grace que las pronunciaba de grueso calibre y en un tono que no se parecía en nada al desdén.

—¿Yo también me he de marchar?—preguntó Durant, que estaba bastante escamado, después de todo lo ocurrido.



—Mi esposa decidirá lo que procede hacer.

—No. Usted quédese.

—A ti te consideramos un buen amigo—dijo Stanton—. Pero por eso mismo voy a permitirme una pequeña franqueza. ¿Haces el favor de dejarnos solos?

—¡De ningún modo!—replicó Durant iracun-

do—. Silvia ha dicho que me quede y me quedaré.

—¡Silvia es mi esposa!

—Nominalmente nada más. En cambio, yo soy su prometido efectivo.

—¡No puedo consentir que un amigo corteje a mi mujer en mi propia casa!

Las palabras se fueron enredando y Silvia tuvo que intervenir.

—Espere usted aquí, amigo Durant. Yo, más serena, arreglaré las cosas con Stanton.

Y se llevó a su marido a otras habitaciones más íntimas de la casa.

Esto ocurría a las diez y cinco. A las once menos diez continuaba Durant paseando por el salón y mirando aquella puerta por la que Stanton y Silvia habían desaparecido.

Esperó un cuarto de hora más y comprendió que no debía seguir esperando.

Le acometió la tentación de emprenderla a bastonazos con la puerta, pero recordó la promesa hecha a Silvia de aceptar resignadamente cualquier resultado, recordó que ella no le había hecho ninguna promesa, y comprendió que no tenía el menor derecho de obrar contra los dueños de aquella casa. Lo único que noblemente podía hacer era marcharse y olvidar.

Y eso fué lo que hizo.

¿Qué había ocurrido entretanto tras aquella puerta por la que Silvia y Stanton habían desaparecido?

Pues que los esposos se habían olvidado del que esperaba, absortos en un amor mutuo que para Stanton representaba algo nuevo y maravilloso y para Silvia algo que llevaba guardado como un tesoro en su corazón durante mucho tiempo.

FIN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Acaban de aparecer, en las selectas Ediciones Especiales de L. N. S. C., con éxito sin precedentes:

Mercado de mujeres
por Dita Parlo, Harry Frank, etc.

Manos culpables
Lionel Barrymore, Madge Evans, etc.

La princesa se divierte
por Martha Eggerth

La mano asesina
por Ben Lyon, Bárbara Weeks, etc.

El rey de los gitanos
por JOSÉ MOJICA, Rosita Moreno, etc.

Los seis misteriosos
por Wallace Beery, Lewis Stone etc.

— y —

Esta edad moderna
por Joan Crawford, Pauline Frederick,
Neil Hamilton, etc.

¡Ediciones Bistagne publica
siempre lo mejor entre lo mejor!
¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

RECUERDE ESTOS
: TITULOS Y PÍDALOS :

Ediciones Especiales

Novelación de las me-
jores películas de las
mejores marcas.

Precio: 1 peseta

Exitos Cinematográficos

de gran aceptación.

Precio: 50 céntimos

Los Mejores Films

nueva colección de
films seleccionados.

Precio: 50 céntimos.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Precio: 80 céntimos.

Con postal-regalo.

Aventuras Film

Asuntos que deleitan
a los muchachos y a
los amantes de argu-
mentos de emoción.

Precio: 15 céntimos.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
